

DIA DE MODA

AÑO I

5 DE ABRIL DE 1880.

NÚM. 9

TEXTO DE EUSEBIO BLASCO—DIBUJOS DE MANUEL LUQUE

NÚMERO SUELTO UN REAL.—RESERVADO EL DERECHO DE REPRODUCCION.

Redaccion, Plaza de Colenque, 1, tercero derecha. — Administracion, Plaza de San Nicolás, 8, bajo.

ARTISTAS Á LA INVERSA



LOÑAPSE QJABTUETAM

Conversacion.

No pasa nada.
Quiere pasar la gente
por la calle de Sevilla, y
no puede.

Pretenden pasar los
billetes de veinte duros,
y los detienen.

No da un paso el re-
glamento de teatros.

Hace articulos la opo-
sicion, y no pasan.

Va á pasar el tren del
Norte por un puente, y
se atasca.

Se pone á pasar Cur-
rito un toro, y se corta.

No pasa un guardia
por donde hay una riña.

No pasan días por Elías Aguirre.

Dicen que paso yo á Estado, y es mentira.

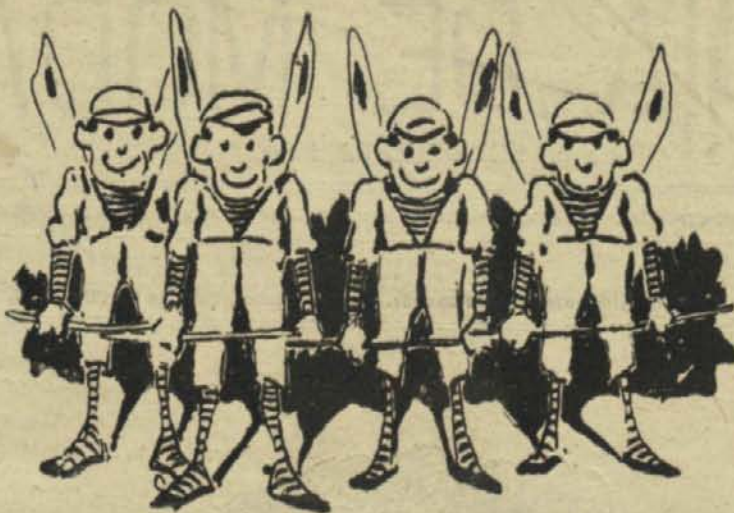
Se niega el pase á Ultramar.

No pasa de suposicion la vuelta de Gayarre.

Nadie pasa por lo del Noroeste.

Ni siquiera los colmos pasan de moda.

En resumen, en la semana que acabó ayer, sólo ha pasa-
do la comedia de Santibañez y Echevarría.



Los monos sabios; última novedad en rayas.

Pero ha pasado una cosa singular en la Vicaría.
Una viuda y un soltero fueron á tomarse los dichos.

Creían que todos sus papeles estaban en regla.

Contaban con casarse á los pocos días.

Pero el empleado que debía ultimarles, les dice:

—Hay que empezar de nuevo el expediente. Hay una
partida equivocada; esto será largo.

La novia se desespera, y exclama:

—¡Qué fastidio! ¡Cuando me vuelva á casar ya tendré
más cuidado!

Figúrese el lector la cara del novio.

No ha sido ménos grave lo ocurrido en una casa de la
calle del Pez.

El amo le dice á la criada:

—Llégate á la botica y dí que te den para mí el fras-
co del *Euolaturio*, y dáselo á la señora (la señora en aquella
casa es la suegra).

La criada, que es una hermosa bestia, no entiende bien
la palabra, va á la botica, y dice:

Que me dé usted el frasco de lo de *Don Arturo*.

El boticario, que tiene un primo de este nombre, le da
un frasco de ipecacuana. La señora lo toma...

Y... dominó.

Gran ovacion á la Srta. Tenorio en la noche de su bene-
ficio. Coronas, flores, alhajas en buen uso...

Por cierto que la eleccion del *El Vergonzoso en Palacio*,
si acertada como obra literaria, no creemos que lo fué
como obra de noche excepcional.

Los gustos varían, los tiempos progresan, el discreteo
de nuestro teatro antiguo es muy bonito para leído; pero
sabe á poco á un público acostumbrado á las grandes
emociones.

El Vergonzoso en Palacio, en una época en que nadie se
pone colorado, es una obra muerta.

El conde de San Ra-
fael de Luyanó tiene un
título todavía mayor á
la estimacion general.

Es un músico de co-
razon y un pianista de
reputacion indisputa-
ble. La casa de Zozaya,
tan activa en la adqui-
sicion y publicacion de
todo lo bueno en mú-
sica, acaba de publicar
el *allegro de concierto* del
ilustre pianista.

¡Ya está ahí *El Bu-
ñuelo*!

El Buñuelo, periód-
ico de Lustonó; periód-

dico pariente de *La Filoxera*, como *La Viña*.

Esta es una publicacion nueva, á cuatro páginas, con
grabados, llena de chistes y ocurrencias políticas, que á
más de un hombre de gobierno le puede dar un disgusto.

El primer número está elegantemente impreso; las cari-
caturas son notables; el texto delicioso.

Hay que decirle aquello que era usual entre nuestros pa-
dres. Viva usted mil años.

En cuanto á *La Viña*, sigue su progresion ascendente.
Cada semana se vende más y cada vez pega más fuerte.

Los aficionados á las antigüedades son capaces de arrui-
narse por comprar un puchero de tiempo de Augusto.

El otro día se detiene un caballero delante de una có-
moda viejísima en casa de un anticuario, y pregunta:

—¿Cuánto vale ese mueble?

—Seis mil reales.

Una señora que está presente, le dice á otra que habla
con ella.

—No tengo duda, esa cómoda debe tener dinero en los
cajones.

Se nos ha presentado en la Ópera un bajo español, que
ha obtenido un éxito asombroso.

¡Venía anunciado de bajo, y enseguida se ha puesto en-
cima.

Todo anuncia ya el fin de la temporada lírica en el tea-
tro Real.

Hasta los asientos despiden.



Simpatias!

POESÍA LEIDA POR EUSEBIO BLASCO EN EL ATENEO DE MADRID

Renegando de la vida,
Que es amargor continuado,
Monté en el tren angustiado
Por dolorosa partida.

Y viendo cómo lloraban
 Al partir rápido el tren
 Séres que me quieren bien
 Y que el pañuelo agitaban,
 Sumido en triste aflicción,
 Hija de mi sentimiento,
 Caí sobre el blando asiento
 En el fondo del wagon.
 Afogado y pesaroso
 Mi larga ausencia lloraba,
 Mientras el tren avanzaba
 Rápido y vertiginoso.
 Y así á los rayos ponientes
 Del sol en dulces reflejos
 Pronto me encontré muy lejos
 De amigos y de parientes.
 A respirar me asomé,
 Y en el wagon inmediato
 Asomé al poco rato,
 Y á fe que lo celebré,
 Una mujer blanca y rubia
 Que en dulce ensimismamiento
 Sufría como yo el viento
 Y el azote de la lluvia.
 Triste, como yo, la ví;
 Era jóven y era bella,
 Yo iba mirándola á ella
 Y ella mirándome á mí.
 Y al hacer parada el tren
 En la próxima estacion,
 Ella bajó del wagon
 Y yo me bajé tambien.
 Con un ligero desvío
 Y aprovechando la noche,
 Yo ví vacío su coche
 Y ella vió vacío el mío.
 De la observacion concluyo,
 Y es lógica conclusion,
 Que ella envidió mi wagon
 Mientras yo envidiaba el suyo.
 Porque al fin de aquella burda
 Ingerencia, muy mal hecha,
 Yo me encontré á la derecha
 Y ella se encontró á la zurda.
 Como ya el tren caminaba,
 No hubo más que resignarse
 Y por de pronto esperarse
 Mientras la noche pasaba.
 Y á la mañana siguiente,
 Cuando el tren volvió á parar,
 Nos volvimos á encontrar
 Cara á cara y frente á frente.
 Sonrei: se sonrió;
 Echó á andar y la seguí;
 Se sonrió, sonrei;
 Saludé: me contestó.
 Como era parada y fonda,
 Fuimos á buscar contentos
 Dos inmediatos asientos
 Para la mesa redonda.
 Y allí, entre sorbo y bocado
 Y la prisa natural,
 Y encontrarlo todo mal
 Y renegar del eriado,
 Y tomar de un sorbo el té
 Y unas prisas horribles,
 Le dije no sé qué cosas
 Y contestó no sé qué.
 Lo esencial es que al dejar



La fonda de la estacion
 Yo la llevé á mi wagon
 Y ella se dejó llevar.
 Rompió el tren ronco y tronante
 Con silbo ronco, estridente,
 Pasando un monte y un puente,
 Y un malecon y un montante.
 El rico suelo andaluz
 Invadió crujiente el coche,
 Vino rápida otra noche,
 Murió del wagon la luz.
 Trocó el amor, que es burlon,
 El wagon oscurecido
 En dulce ambulante nido
 De improvisada pasion.
 Y al llegar del viaje al fin,
 Aún al pensarlo me aflijo,
 ¡Adios!—dije.—¡Adios!—me dijo:
 Tiñó su rostro el carmin,
 Y por destinos extraños
 Que en el mundo suele haber,
 No nos volvimos á ver
 Hasta pasados diez años.
 Fué en otro viaje muy corto;
 En otro wagon la hallé,
 Y al mirarla me quedé
 De asombro mudo y absorto.
 Iba un hombre junto á ella
 Y enfrente, durmiendo en paz,
 Dos niños de rubia faz
 Y una, al parecer, doncella.
 Los esposos no se hablaban,
 Y á los niños que dormían
 Los padres les sonreían
 Y en silencio los miraban,
 Y yo, al recordar la noche
 En que tan dichoso fui
 Cuando á la tal conocí
 Tal vez en el mismo coche,
 Sentí tan grande pesar,
 Tan hondo remordimiento,
 Que no veía el momento
 De poderla abandonar.
 Paró el tren y me bajé;
 La madre no me miró,
 El padre me saludó,
 Yo á los dos niños besé,
 Y ví que aquel caballero
 Dijo á su mujer: ¡Malhaya!
 Cómo siento que se vaya
 Tan simpático viajero!

Manuel Castellano.

Todo el que haya pasado una vez de telon adentro en los teatros de verso, habrá conocido á Manuel Castellano.

Era un pintor notable, que ademas tenía la pasion del teatro.

Íntimo de Manuel Catalina, ha sido durante muchos años el consejero áulico de su teatro.

Para él no había más mundo que el de los bastidores. Sabíase de memoria todas nuestras comedias, antiguas y modernas; era un almacén de títulos, de versos, de biografías. Asistía á todas las lecturas, llevaba la cuenta de los ingresos, daba su opinion sobre las obras, enseñaba á los actores los modelos de sus trajes de época, y era al mismo tiempo un hombre francote, decididor, espontáneo,



Una de nuestras primeras anguilas.

sin trastienda, sin segunda intencion. Los autores le querían, los actores no sabían pasarse sin él. Era el constante amigo, el asiduo visitador de los vestuarios...

Cuando había balconcillo en el teatro Español, Manuel Castellano estaba allí siempre viendo la comedia. En el entreacto iba al saloncillo á contar las impresiones del público, los efectos de las obras; él sabía lo que el autor debía suprimir la segunda noche; para él no había en el público ni mujeres bonitas, ni personas conocidas, ni floristas, ni revisteros, ni nadie. El público era... el público, nuestro juez, nuestro amigo ó nuestro verdugo. Castellano era el secretario de aquella seccion del público, reunida en el clásico coliseo de la calle del Principe. De dia, pintaba. Le daba por los cuadros de historia; pero de historia teatral; *La muerte de Villamediana*, por ejemplo, con el satirico conde en tierra, y el doctor reconociéndole en medio de la calle; tenía Castellano pasion por aquella época de aventuras galantes que ha hecho célebre á Felipe IV y ha convertido en escenas de mil comedias las gradas de San Felipe y las alamedas del Buen Retiro.

Pero desde las tres en adelante este pintor-actor, digámoslo así, vivía en el teatro. Tomaba el café en el despacho de billetes, porque él necesitaba saber cómo iba la entrada. Gran gastrónomo, improvisaba una merienda por cualquier motivo. Gran torero, ha ido á las corridas dadas en Madrid desde los tiempos de Montes hasta nuestros días, sin perder una.

Castellano era, en fin, un tipo madrileño, popular, amigo de todo el mundo, y con razon sobrada, porque era un corazon de oro.

Robusto, vigoroso, ancho de hombros, con la frente despejadísima, los ojos grandes y saltones, los labios gordos, la fisonomía de una movilidad extraordinaria, las manos grandes y carnosas apretando el interminable cigarro, era un hombre que hablaba sin cesar y hablaba de todo y á tiempo; forzosamente tenía que ser el alma de toda diversion teatral.

Con ayuda de tantos amigos artistas y literatos, ideó hacer una coleccion curiosísima que pensaba legar á su muerte á la Biblioteca Nacional. Una coleccion de autógrafos de comedias, cuyo interes no necesito encarecer. Castellano poseía el original de nuestros más célebres dramas y comedias contemporáneas. Si la Biblioteca las hereda tendra pronto una coleccion inapreciable.

¡Pobre Castellano!

No há muchos dias le encontré al salir del teatro de la Comedia, y en una hora de conversacion me aseguró que *esto estaba muerto*: ya no había ni actores, ni toreros, ni empresarios, ni criticos; yo creo que lo veía todo muerto porque quien lo estaba era él. A su entierro han asistido casi todos los autores, casi todos los cómicos. Todos le hemos llorado *sin prevencion*, cosa que no les sucede á muchos muertos contemporáneos.

Seale la tierra imperceptible.

Holera.

¡BESOS!

Nació Inés. Seis años fué
Despues de que yo nací;
La besé... yo no sé si
Toda entera la besé.

A los tres años... ¡qué loca!...
¡Cuál de mis cuentos gustaba!...
Yo el cuento siempre acababa
Dándola un beso en la boca.

Creció paulatinamente;
Tanto, que sin reparar
Un día, la fui á besar
Y... ya la besé en la frente.

A lejanas tierras fui,
En las que un año pasé,
Y... en la mano la besé
Cuando á su lado volví.

De amarnos secreto trato
Hicimos. ¡Cuál yo la amaba!
Desde entonces ya besaba
Solamente... su retrato.

¡Murió al año, oh desventura!
Y hoy que sepultos sus huesos
Contemplo con amargura,
Aún la persiguen mis besos
En su misma sepultura!...

ALBERTO DÍAZ DE LA QUINTANA

Madrid—1880.

Novela original.

I

Gran sensación produjo en la ciudad de ***, capital de provincia, la noticia que una mañana dieron todos los periódicos de haberse escapado aquella madrugada varios presos de la cárcel.

Como era natural, el pueblo acogió la novedad con la curiosidad legítima en tal caso.

¿Cuántos son? ¿Cómo se llaman? ¿Cómo ha sido?...

Los tenderos salían de sus covachuelas y pasaban á las inmediatas á preguntar detalles. Las cocineras tardaron aquel día más de lo acostumbrado en hacer la compra, porque en los mercados no se hablaba de otra cosa. Catorce presos se habían fugado, y los había entre ellos tales, que el vecindario no salió de su casa en ocho días, temeroso de que sueltas aquellas fieras hicieran más estragos que un toro escapado. Las clases conservadoras sufrieron mucho aquella mañana.

Algun hombre de los que llamamos prácticos hacía la atinada observación de que por lo mismo que los presos se habían escapado, tendrían buen cuidado de no darse á conocer; pero al ciudadano asustadizo se le ocurría en seguida la observación, no ménos sensata, de que los criminales disfrazados volverían á las andadas.

Algun optimista decía:

—¿Pues no es obligación del Gobierno recobrar esos fugitivos y volverlos á encarcelar?

A esto respondían otros que la verdadera obligación del Gobierno era tener en los presidios empleados que no durmieran, sobre todo en los días de fuga.

Un demócrata se encogía de hombros diciendo que estas cosas no se pueden evitar, y que eso en los Estados Unidos sucede todos los días (que es gran consuelo).

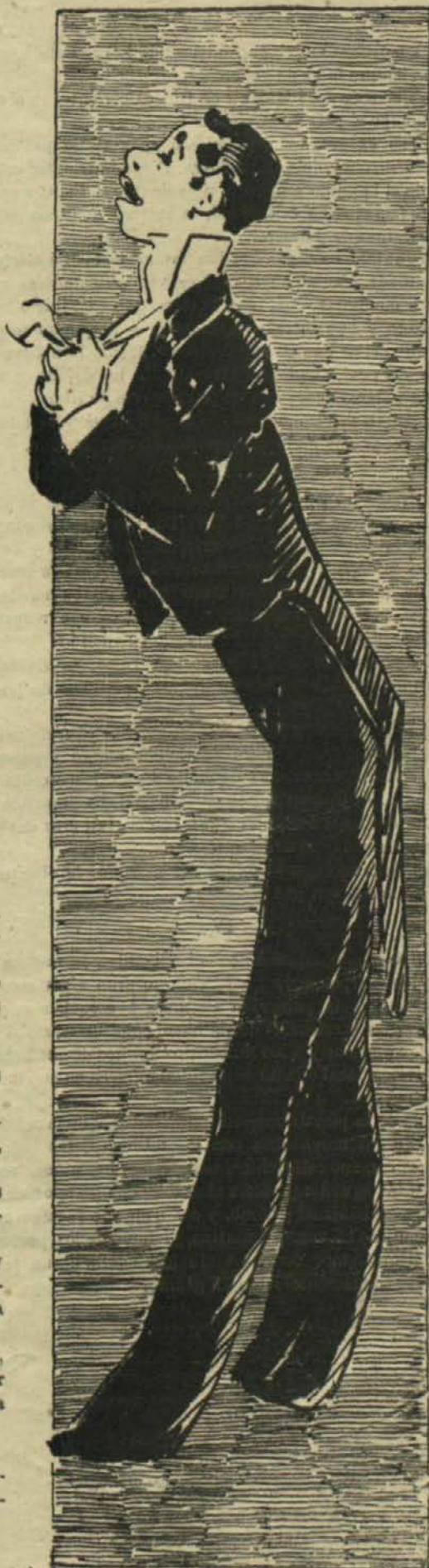
Un conservador echaba la culpa al comandante del presidio, y decía que si en su lugar hubiera colocado á un primo que él tenía recomendado y que había estado cesante los ocho años de la revolución, nada de lo sucedido sucedería.

Por último, un cantonal impenitente recordaba á su sobrino, comandante que fué de otro presidio, y que al presentarse por primera vez á los confinados, como se quitaran las gorras para saludarle, dijo:

—¡Cubrirse, señores, que todos somos iguales! (1).

La fuga, en fin, de los ladrones, alarmó á la ciudad durante algunos días, dió ocasión de hablar á la prensa y á los particulares, y se olvidó.

1) Histórico.



Uno de nuestros primeros peces.

II

Los ladrones andaluces, mejorando lo presente, han tenido siempre fama de generosos.

La tierra de José María y de Diego Corrientes es al mismo tiempo el país de la poesía.

Allí se exagera todo, en bien ó en mal. Se poetiza el crimen revistiéndole de grandeza. Diego Corrientes es apellidado el bandido generoso. Solamente en España se adquiere fama, si no celebridad, lo mismo matando moros que asesinando pasajeros.

Preguntaba en cierta ocasion mi curiosidad á cierto librero madrileño, en cuya casa se venden comedias antiguas y modernas, cuál era la obra que á su juicio había tenido en España más compradores, á lo que me respondió sin vacilar que el popularísimo drama Don Juan Tenorio, del cual, añadió, ni un solo día he dejado de vender ejemplares desde que tengo comercio de libros.

Don Juan Tenorio es el bandido de capa y espada; su vida es el poema de la perversidad en competencia.

III

Contrastes continuos constituyen y equilibran la vida, de suyo azarosa y desagradable. ¿Por qué razon al ocuparse toda la poblacion de los criminales fugados y de sus vidas y milagros, y de sus crímenes atroces, no se acordaban de un criminal espantoso que andaba suelto, y á quien, lejos de anatematizar, saludaban con respeto y aún le prodigaban elogios de cuando en cuando?

Á los pocos días de la fuga de los presos, ya olvidada, decian los periódicos de la localidad, copiándolo de los de la corte:

«La laboriosidad y los relevantes méritos y servicios que todos reconocen en nuestro particular amigo y paisano D. Sisebuto Porrana, han obtenido digna y merecida recompensa. El Gobierno (no recuerdo cuál) ha premiado los constantes afanes del Sr. Porrana con la gran cruz de*** y el título de marqués de Casa Porrana.

»Los numerosísimos amigos del marqués le obsequiarán esta noche con una serenata.»

IV

Efectivamente, aquella noche las bandas de música de todos los cuerpos de la guarnicion tocaron aires escogidos, y acudió la poblacion en masa á escucharlos y á ponderar las excelencias de su idem, que obsequió á su vez á los músicos y á los numerosos amigos de que hablaba la prensa local con un espléndido refresco en sus magníficos salones.

Había en la plaza numerosa multitud oyendo la música; hablaban las muchachas con los militares, las señoras mayores con sus convecinas, bailoteaban los niños, vociferaban los aguadores, decia el pueblo chistes oportunistas con su habitual gracejo, y como alguno sacase á conversacion, no sé con qué motivo, la fuga de los presos y manifestara temor de que anduviera suelto algun preso entre los concurrentes, dijo un gitano:

—¿Robos aquí? ¡Quiá! Mientras no baje er mesmo Porrunita no hay cuidiao!

V

El marqués fresco había pasado veinte ó treinta años cometiendo todo género de excesos disimulados.

Su vida puede resumirse en una cuenta corriente con su *debe y haber*.

Por ejemplo:

Advenimiento del Sr. de Porrana á la vida pública con un brillante discurso en las Cortes de 1854, en defensa de la libertad, del pueblo, de la sociedad y de la familia.

Paliza á su señora por haber salido á la calle sin conocimiento del esposo; embargo de los trastos de tres inquilinos pobres de casa de su propiedad, y cena opípara en el saloncillo de la Zarzuela con varias señoritas del coro.

La señora de Porrana, al salir apaleada y calenturienta de su casa para ir á quejarse por milésima vez á su madre de los malos tratamientos de su esposo, cogió un catarro pulmonal y falleció á los nueve días.

Día 13 de Marzo de 185...

Gran sensacion en Madrid, producida por el feliz éxito de las gestiones practicadas por el Sr. de Porrana para indultar de la pena de muerte á un soldado que asesinó á traicion á su capitán. Elogios desmedidos al Sr. Porrana.

Día 2 de Octubre de 186...

Muerte en desafío de un caballero madrileño á cuya mujer intentó enamorar sin resultado el Sr. de Porrana, sabedor de lo cual el marido le intimó la retirada, de cuyas resultas se insultaron, muriendo, como sucede siempre, el que tenía más razon y peor punteria.

Día 5 de Mayo de 186...

Concesion de una carretera á los electores de Porrana. Comision vepida á Madrid á darle las gracias, comida en Lhardy, discursos y poesias.

Día idem idem.

Ingreso de diez y siete mil duros en el bolsillo de Porrana, ganados con trampas en un conocido circulo de recreo.

Día 9 de Agosto de 187...

Notable discurso de Porrana en una sociedad científica y literaria acerca de la educacion del pueblo.

Idem por la noche.

Notabilísima borrachera de vino de Montilla.

Día cualquiera.

Amenazas secretas de Porrana al Gobierno, de sublevar todo un cuartel si peligraba en lo más mínimo la situacion.

Día famoso.

Introduccion fraudulenta de trescientos negros bozales en la Isla de Cuba.

Día señalado.

Vuelve Porrana á su país natal despues de haber conse-



¡Con cuidao, D. Hipólito!



ECHEGARAY

(POESÍA INÉDITA DEL EMINENTE AUTOR)

Los tres encuentros

I

Un niño de tersa frente
Y la Muerte carcomida,
En la senda de la vida
Y en el borde de una fuente,
Por su bien ó por su mal,
Una mañana se hallaron
Y sedientos se inclinaron
Sobre el líquido cristal.
Se inclinaron, y en la esfera
Cristalina vióse al punto
De un niño el rostro muy junto
A una seca calavera.
La Muerte dijo: «¡Qué hermoso!»
«¡Qué horrible!» el niño pensó:
Bebió á prisa y se escapó
Por el bosque presuroso.

II

Pasó el tiempo, y cierto día,
Ya el sol en toda su altura,
En la misma fuente pura
Bebieron en compañía,
Por su bien ó por su daño,
La Muerte y un hombre fuerte:
La de siempre era la Muerte;
El hombre, el niño de antaño.
Como vióse de los dos
La imágen en el cristal
Con la luz matutinal
Que manda á los mundos Dios,
La del hombre áspera tez
Y la imágen hosca y fiera
De su helada compañera,
Se pintaron esta vez.
Bajo el agua limpia y fría
Sus reflejos observaron:

Como entónces se miraron,
Se miraron todavía.
Ella dijo no sé qué,
Señalando hacia el espejo.
Él murmuró: «¡Pobre viejo!»
Bebió despacio y se fué.

III

Cae la tarde; el sol anega
En pardas nubes su luz:
Envuelta en negro capuz
Medrosa la noche llega.
Dos sombras van á la fuente:
Las dos beben á porfía,
Y aún no sacia el agua fría
Sed atrasada y ardiente.
Se miran y no se ven;
Pero pronto, por fortuna,
Subirá al cielo la luna
Y podrán mirarse bien.
Al fin su luz transparente
El espacio iluminó,
Y en espejo convirtió
Los cristales de la fuente.
Y eran las sombras ideales,
Bajo el agua sumergidas,
De tal modo parecidas,
Que al partir las sombras reales
De sus destinos en pos,
O por darse mala maña,
O por confusion extraña,
Cada sombra de las dos
Tomó en el líquido espejo
Lo primero que encontróse,
Y, sin notarlo, llevóse
De la otra sombra el reflejo.

JOSÉ ECHEGARAY.



guido la reforma de una ley en que se castigaban delitos contra la moral pública.

Noche triste.

Seducción de una costurera de diez y seis años.

EPÍLOGO.

¡Oh deslenguado vil, enemigo de la humanidad y de la fe que debe alentar en todo corazón para sobrellevar los males de esta vida! ¿Qué te propusiste al pintar á Porruna como es? Me direis ahora.

No me propuse nada; quise no más advertir á la gente del peligro que la amenaza constantemente cuando andan sueltos por el mundo los criminales y los personajes de cierta estofa. Quise preguntarme á mí mismo por qué el vulgo se asusta cuando se escapan los foragidos y por qué se regocija cuando la charanga rompe los aires con alegres sonidos al pié de los balcones de un bandolero.

Los espejos.

I.

Es niña y busca en su espejo
La imagen de su beldad,
Y allí ve dulces lisonjas
Que ella quisiera escuchar.
Y al fin piensa, sonriendo:
«¿Qué otro espejo me dirá
Esas cosas que se calla
El espejo de cristal?»

II.

Ante el mudo cristal siempre
La niña su frente alzó,
Y, oyendo á un espejo que habla,
Hoy la inclina con rubor.
Y á veces piensa, llorando:
«¿Por qué habré escuchado yo
Esas cosas que me ha dicho
El espejo del amor?...»

EDUARDO BUSTILLO.

Imp. de E. Rabiños, plaza de la Paja, núm. 10.



Pueden ustedes retirarse.

DIA DE MODA

TODOS LOS LUNES

PRECIOS DE SUSCRICION

En ESPAÑA: un mes, 4 rs.; número suelto, un real.—PORTUGAL: tres meses, 16 rs.—FRANCIA, INGLATERRA ó ITALIA tres meses, 20 rs.—AMÉRICA y FILIPINAS, semestre 3 pesos fuertes; un año, 5,50 ps. ls.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar y directamente ó por medio de letra ó libranza anticipada en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, número 8, bajo. Se admiten sellos de franqueo, pero en carta certificada.